

sejo, «agrió en su querer, duro en su opinión.» Y no es que tuviera el cerebro trastornado por la lectura de libros de caballería: Carlos *el Temerario* no fué un héroe de epopeya generoso y leal, sino que era, como los príncipes de su tiempo, engañador y cruel y no retrocedía ante el perjurio ni ante la emboscada; pero al decir de Commynes, «no tenía bastante sentido ni malicia.» Colérico, incapaz de hacerse amar por sus servidores, á quienes empujaba á la defección con sus brutalidades, carecía de sangre fría, así en la diplomacia como en el campo de batalla. Era un mediocre hombre de Estado y un mediocre general, y los reveses, en vez de hacerle prudente, sólo exasperaban su inmenso orgullo.

Con Luis XI y Carlos *el Temerario* la lucha entre Francia y Borgoña tomará un carácter de violencia y de encarnizamiento que no había tenido en tiempo de Carlos VII y de Felipe *el Bueno*, los cuales personalmente se estimaban y se guardaban consideraciones. Carlos, hijo de una portuguesa, llega á renegar hasta de su cualidad de francés, rechaza las proposiciones de Luis XI, quien le envuelve en una red de oscuras intrigas, y creyéndose víctima de tentativas de envenenamiento y de maleficios, acusa públicamente al rey de haber pagado á un aventurero, el bastardo de Rubempré, para secuestrarle (1).

El rey y la *gente nueva* han acumulado tantos odios en contra suya, que una guerra civil va á poner término, en una convulsión terrible, á este primer período del reinado, período de engrandecimientos audaces y de confusas experiencias políticas (2). Y sin embargo, la clase media y el pueblo agradecen á Luis XI sus buenas intenciones, pues le han visto recorrer su reino, informarse, soportar grandes molestias y, sobre todo en Guiena, adoptar disposiciones excelentes para devolver á las ciudades y á los campos la prosperidad económica de que gozaban antes de la guerra inglesa. Mantiene, por último, una severa disciplina en su ejército y el orden impera en todas partes; así es que los descontentos, los privilegiados amenazados en sus privilegios, no lograrán arrastrar á la nación contra el rey.

CAPÍTULO II

COALICIONES FEUDALES (1465-1472)

I. La guerra del Bien público.—II. La dotación de Carlos de Francia. Luis XI en Peronne.—III. Carlos de Francia en Guiena. Revoluciones de Inglaterra. Guerras entre Luis XI y Carlos *el Temerario*.

I.—La guerra del Bien público (3)

La guerra del Bien público (4) fué una nueva Praguerie, pero mucho más grave: dirigida por los más poderosos señores de Francia, amenazó la unidad del reino, aparte de lo cual no fué sino un tejido de bribonadas,

(1) El Bastardo de Rubempré había recibido realmente del rey el encargo de secuestrar á un emisario bretón (A. Thierry, *Monuments inédits de l'histoire du Tiers-Etat*, primera serie, tomo II, 1853, pág. 277).

(2) Durante estos cuatro años, Luis XI había seguido también una política exterior muy ambiciosa: había intentado la reconquista de Calais, favoreciendo una nueva revolución en Inglaterra (véase más adelante, pág. 18); había querido recuperar Génova; había establecido su protectorado en la Saboya y su dominación en el Rosellón; había codiciado Cataluña y había reñido con el

de desbandadas cobardes y de traiciones y no tuvo más móvil que el interés de los jefes. Maese Enrique Baude fechaba una poesía escrita en 1465 «en el año en que cada cual tendía á su provecho.»

Los manifiestos de los coligados no nos enteran, naturalmente, más que de los pretextos con que trataban de explicar la rebelión: como en tiempo de la Praguerie, pretendían los feudales querer poner remedio al «gobierno desordenado y desdichado» que arruinaba al reino por culpa de los consejeros del rey, gentes «llenas de toda maldad y de iniquidades;» indignábanse de los atentados cometidos por Luis XI contra los «derechos de Nobleza» y de los matrimonios que imponía, y presentaban á los eclesiásticos «oprimidos y molestados» y al «pobre pueblo» agobiado de impuestos y desollado por los hombres de justicia. El duque de Nemours, en una declaración que hizo en 1466 fué algo más franco, pues dijo que Luis XI habría debido «hacer prevalecer la justicia y aliviar al pueblo,» pero también «mantener á los señores y darles grandes pensiones.»

Las indicaciones de los manifiestos relativas á los medios que se emplearían para «aliviar al pobre pueblo» eran muy vagas: los coligados dirigirían una solemne amonestación al rey, el cual ignoraba sin duda la mayor parte de las fechorías cometidas por los que le rodeaban y exigirían la reunión de los Estados generales, la rebaja de los impuestos y desde luego la supresión de los arbitrios. Cuando se bosquejó la coalición, seguramente nadie sabía á punto fijo qué partido se sacaría de la esperada victoria; por otra parte, era prudente dejar el asunto

rey de Castilla, lo cual constituyó uno de los cargos formulados contra él por el partido del «Bien público» (véase más adelante, capítulo III, párrafo 3). En el Este había reivindicado la posesión de Toul y de Verdún é intentado apoderarse de Metz (H. Séé, *Louis XI et les villes*, 1891, págs. 299 y siguientes.) Después de la guerra del «Bien público,» moderó extraordinariamente sus pretensiones.

(3) FUENTES.—Además de las indicadas en el capítulo I, párrafo 3: Juan de Haynin, *Mémoires*, edición R. Chalon, 1842. Guillermo Lesueur, *Histoire de Gaston IV*, edición H. Courteault, tomo II, 1896. Roberto Gaguin, *Annales*, edición de 1522, folios 253 y siguientes. Benito Mailliard, *Chronique*, edición G. Guigue, con un suplemento, 1883 y 1901. J. Quicherat, *Documents relatifs à la guerre du Bien public*, en Champollion-Figeac, *Documents historiques inédits*, tomo II, 1843. De Reilhac, *Jean de Reilhac*, tomo III, 1888. Dom Plancher, *Histoire de Bourgogne*, tomo IV, 1781. Dom Morice, *Histoire de Bretagne*, tomo III, 1746. L. Delisle, *Pièces soustraites au Trésor des chartes des ducs de Bretagne*, «Bibliothèque de l'Ecole des Chartes,» 1893, página 413. Padre J. M. Alliot, *Visites archidiaconales de Josas*, 1902.

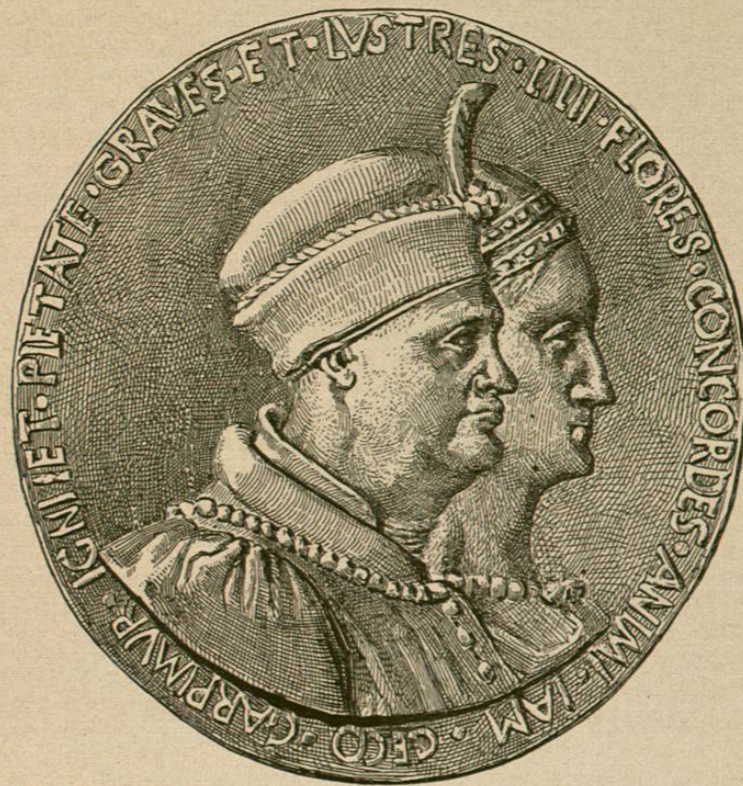
OBRA DE CONSULTA.—Además de las indicadas en el capítulo I, párrafo 3: Chazaud, *La ligue du Bien public en Bourbonnais*, «Bulletin de la Société d'émulation de l'Allier,» tomo XII, 1873. B. de Mandrot, *Louis XI, Jean V d'Armagnac et le drame de Lectoure*, «Revue historique,» tomo XXXVIII, 1888. Jacques d'Armagnac, *duc de Nemours*, «Revue historique,» tomo XLIII, 1890. *La bataille de Montlhéry*, apéndice al tomo II del *Journal*, de Juan de Roye. J. Finot, *L'artillerie bourguignonne à la bataille de Montlhéry*, «Mémoires de la Société des Sciences de Lille,» quinta serie, fascículo V, 1896. P. Ghinzoni, *Spedizione Sforzesca in Francia*, «Archivio storico lombardo,» tomo XVII, 1890. V. de Beauvillé, *Histoire de Montdidier*, tomo I, 1875, segunda edición. A. Canel, *Révolte de la Normandie sous Louis XI*, «Société d'agriculture de l'Eure,» segunda serie, tomo I, 1840. E. Goechner, *Les relations des ducs de Lorraine avec Louis XI, de 1461 à 1473*, «Annales de l'Est,» tomo XII, 1898.

(4) «Esta guerra fué más adelante llamada del «Bien público,» dice Commynes, porque se emprendía so color de decir que era para el bien público del reino.»

envuelto en la sombra. Más adelante, en el curso de la lucha, se precisaron los designios y se soltaron las lenguas: el señor de Crevecoeur, hecho prisionero por los franceses en Montlhéry, en julio de 1465, refirió lo que había oído decir á los que rodeaban al conde de Charolais, quienes hablaban de «hacer un regente,» que sería el duque de Berry, hermano del rey, y de confiar á los duques de Berry, de Bretaña y de Borbón y al conde de Charolais el mando del ejército real y el cuidado de llevar á cabo las reformas necesarias al Bien público. Finalmente, Dunois, el mayor ta-

de la prosperidad ajena, «inocente fingido forrado de malicia,» á quien tiene derecho de rechazar «la destruida Francia (2).»

Como en 1440, los coligados adoptaron como jefe nominal al presunto heredero, que era entonces el hermano del rey. «Monsieur Carlos,» duque de Berry, tenía diez y ocho años y era un joven ruin, feo y sin gracia, como su padre y su hermano (3), poco inteligente, afeinado y vanidoso, que hasta su muerte había de ser juguete en manos de los enemigos de Luis XI. «Monsieur Carlos, dice Commynes, era hombre que poco ó



Medalla con los bustos del rey Renato y de su esposa Juana de Laval (Gabinete Numismático de Berlín)

lento de la liga, expuso á los diputados de los parisenses el programa que pensaban realizar: los príncipes querían convocar á los Estados generales para obtener de ellos reparación solemne de todos sus agravios; «Item, pedían la recaudación, el manejo y el gobierno de toda la hacienda del reino. Item, pedían tener á su disposición, poder y ordenanza todo el ejército del reino. Item, pedían el conocimiento y distribución de todos los empleos del reino. Item, pedían tener la persona del rey y el gobierno de la misma (1).»

De modo que lo que querían era subyugar al mismo rey. Uno de los rebeldes, el obispo Tomás Basin, en el relato que nos ha dejado de la sublevación, declara que los marineros pueden advertir al capitán si éste dirige el buque hacia los escollos, y que si no les atiende han de desposeerle del mando. El borgoñón Chastellain y el bretón Meschinot, en algunas baladas compuestas en colaboración á principios del año 1465, pintan á Luis XI como un príncipe pérfido, ingrato, hipócrita, envidioso

nada hacía por sí mismo, sino que en todo le manejaban y dirigían los demás.»

Entre los coligados encontramos algunos de los que veinte años antes habían impulsado al delfín á rebelarse, tales como Juan II, duque de Alençon, Dunois y Antonio de Chabannes, que se evadió de la Bastilla en 10 de marzo de 1465. Las casas de Bretaña, Borbón y Armagnac tomaron parte en la rebelión de 1465 como la habían tomado en la de 1440, y también se adherieron á la coalición Carlos *el Temerario*, el conde de Saint Pol, el señor de Albret, el príncipe más activo de la casa de Anjou, duque de Lorena y de Calabria, un valeroso guerrero que «á la menor alarma era el primer hombre armado y tenía siempre ensillado el caballo,» y finalmente, todos aquellos á quienes Luis XI había alejado

(2) Baladas impresas (de una manera deficiente) en las *Oeuvres de Chastellain*, por Kervyn de Lettenhove, tomo VII, Véase A. de La Borderie, *Jean Meschinot*, «Bibliothèque de l'Ecole des Chartes,» 1895.

(3) Véase la reproducción de una miniatura gascona, evidentemente hecha del natural: Stein, *Recherches iconographiques sur Charles de France*, «Réunions des Sociétés des Beaux-Arts des départements,» 1892.

(1) *Journal de Jean Maupoint*, párrafo 101. Este diario es la fuente narrativa más preciosa para lo concerniente á la guerra del «Bien público;» fué redactado á medida que se desarrollaron los acontecimientos, y su precisión y su exactitud son notables.

de la corte, como los señores de Loheac y de Bueil y aun algunos de aquellos á quienes creía haber conquistado con sus beneficios, como su «querido» Jacobo de Armagnac, al que había dado el ducado de Nemours. Juan Maupoint dice que en el ejército de la liga había veintidós señores poderosos y cincuenta mil combatientes.

Gastón de Foix fué de todos los grandes vasallos el único que prestó al rey un apoyo leal y eficaz, debiéndose á él que el Mediodía se mantuviera fiel al monarca. Los condes de Eu y de Vendome, que también permanecieron fieles, no podían servir de gran ayuda; el rey Renato no quiso comprometerse; su hermano Carlos, conde del Maine, hizo al rey grandes protestas de amistad, pero le traicionó en dos ocasiones, y lo propio hizo el conde de Nevers.

La nobleza pequeña y media, entonces como en 1440, estaba muy poco dispuesta á batirse en provecho de la grande y contra un soberano temible. «Todos los caballeros y escuderos del país de Bourbonnais, escribía Joaquín Rouault en 19 de mayo de 1465, se van de sus casas y no quieren armarse contra el rey.» El duque de Bretaña también encontró resistencias cuando quiso poner en pie de guerra su ejército; los vasallos de Carlos *el Temerario* cansáronse pronto de luchar y permanecieron á su lado «contra su voluntad,» y los hidalgos del Delfinado facilitaron á Luis XI muchos centenares de lanzas. Además, sólo el rey tenía un ejército permanente y sólidamente organizado.

Las gentes de Iglesia, los poseedores de empleos, la clase media y el populacho iban á ser espectadores indiferentes de aquella contienda entre el rey y la aristocracia? Algunos prelados de Normandía y del Centro, el obispo de Bayeux Luis de Harcourt, el de Lisieux Tomás Basin y el del Puy, bastardo de la casa de Borbón, se declararon abiertamente contra el rey. Tomás Basin quería, según él mismo dijo, combatir por la libertad, es decir, por los privilegios adquiridos y amenazados por Luis XI; pero la mayoría de los eclesiásticos se contentaron con hacer procesiones á fin de que Dios «quisiera poner de acuerdo al rey y á los señores de Francia (1)» y bordearon entre ambos partidos.

Ciertos funcionarios, sobre todo del Parlamento de París y del Tribunal de Cuentas, guardaron una actitud equívoca; bien por resentimiento á consecuencia de las medidas adoptadas por el rey, bien por temor de verse privados de sus cargos por los coligados vencedores, proclamaban «aquella empresa buena y provechosa para el reino.» Los sentimientos dominantes en la alta burguesía fueron el miedo de comprometerse (2) y el terror de ver perpetuarse la guerra civil. En cambio, los artesanos y los labriegos mostráronse abiertamente hostiles

(1) Quantin, *Episodes du XV^e siècle aux pays Sénonais et Gâtinais*, «Mémoires lus á la Sorbonne,» 1865, sección de historia, página 695.

(2) Véase el ejemplo característico de la ciudad de Espaly: *Chronique d'Estienne Médicis*, edición Chassaing, tomo I, 1869, pág. 252-254. Véase también Dumas de Raully, *Documents inédits sur Saint-Antonin*, «Bulletin de la Société archéologique de Tarn et Garonne,» tomo IX, 1881, pág. 300. Sólo algunas ciudades se pronunciaron francamente: Mortagne, Corbie, Saint-Quentin y Montdidier abrieron sus puertas á los rebeldes; Amiéns, Lyon y Burdeos demostraron, por el contrario, una lealtad ardiente.

á los feudales: aquella pasión repentina por el «Bien público» no significaba para ellos nada bueno. En resumen, el día en que Luis XI encontrara un medio de desarmar á sus grandes vasallos, era evidente que la paz sería un hecho.

Los dos partidos buscaron mercenarios y aliados fuera del reino. La casa de Borgoña, desde el mes de junio al de septiembre de 1465, firmó tratados de alianza con el duque de Baviera, el elector Palatino y el obispo de Colonia. El tratado que desde 1462 unía al arzobispo de Tréveris y al duque de Borgoña contenía una reserva relativa al rey de Francia; pero ésta fué abolida por medio de un acta de 15 de mayo de 1465. Adolfo de Clèves llevó un contingente al conde de Charolais, y en el ejército mandado por Juan de Calabria había arcabuceros prestados por el conde Palatino y mercenarios italianos y suizos. El rey de Inglaterra, que por un momento pensó en hacer un desembarco en Francia, y el papa Paulo II, de quien los coligados solicitaron que les relevara de su juramento de fidelidad al rey, se mantuvieron neutrales, á pesar de lo mucho que deseaban vengarse de las malas partidas que les jugara Luis XI (3). Este reclutó mercenarios en Saboya, y Galeazo Sforza, hijo de su amigo el duque de Milán, llegó al Delfinado en el mes de julio de 1465 con un ejército de cuatro mil jinetes y mil infantes, que permaneció en Francia hasta el mes de marzo de 1466 é hizo en todo el Sudeste y en el Centro «muy áspera guerra en favor del rey.» Finalmente, en mayo de 1465, Luis de Laval fué de parte de Luis XI á ofrecer á los liejenses una alianza contra las casas de Borgoña y de Borbón, firmándose en 17 de junio un tratado por el cual el rey prometía pagar sueldo á doscientas lanzas y no hacer la paz sin sus aliados. En el mes de agosto los de Lieja declararon la guerra al duque de Borgoña y devastaron sus tierras.

Tales fueron los partidos que frente á frente lucharon; pero la liga no se constituyó sino muy poco á poco, después de muchos meses de intrigas, de modo que Luis XI tuvo todo el tiempo necesario para ponerse en guardia (4).

En octubre de 1464 el duque de Borbón había ido á Lilla á pedir á su tío Felipe *el Bueno* que «armara un ejército para advertir al rey el mal orden y la mala justicia que hacía en su reino;» pero el duque, «viejo y valetudinario,» estaba dominado todavía por los Croy y hasta el 13 de abril de 1465 no se reconciliaron Felipe *el Bueno* y el conde de Charolais, después de varias escenas violentas que acabaron de atontar al anciano duque. Entonces comenzó realmente el reinado de Carlos *el Temerario*, quien, como teniente general de su padre, armó un numeroso ejército para el «bien y regeneración del reino.» En el entretanto, Odet de Aydie había decidido á Carlos de Francia, duque de Berry, á que huyese

(3) Respecto de las relaciones de Luis XI con Eduardo IV y Paulo II, véase más adelante.

(4) Los historiadores de la guerra del «Bien público» han pretendido, fiándose del relato de Oliverio de la Marche (*Mémoires*, tomo III, pág. 7), que la liga se formó á fines de 1464 sin que de ello tuviera noticia Luis XI, cuando nadie fué más desconfiado ni estuvo mejor informado que este rey. Sabemos, además, que en diciembre de 1464 un ciudadano de Saint-Flour se sacrificó por llevarle noticias del complot que se tramaba en el centro de Francia (M. Boudet, *Villandrando et les Ecorcheurs à Saint-Flour*, «Revue d'Auvergne,» tomo XI, 1894).



LUIS XI, copia de Morin

ra á Bretaña (allá por el 4 de marzo de 1465); pero el duque Francisco II á duras penas podía reunir el dinero y los hombres que había prometido.

El duque de Borbón comenzó imprudentemente la guerra en el centro de Francia sin esperar que los aliados estuvieran dispuestos, y en 13 de marzo escribió á las buenas ciudades y al mismo rey anunciándoles sus intenciones y mandó prender en sus tierras á los funcionarios de Luis XI é incautarse de los productos de los impuestos reales. El rey despachó inmediatamente en todas direcciones correos que llevaron instrucciones á sus capitanes y promesas y ánimos á las buenas ciudades y distribuyeron manifiestos. ¿Qué querían, pues, los coligados?, preguntaba Luis XI. «El reino estaba tan pacífico y en tan grande tranquilidad que las mercancías circulaban sin estorbo por todas partes y cada cual vivía pacíficamente en su casa.» El rey se sacrificaba por aumentar el bienestar de sus súbditos y pasaba el tiempo viajando para conocer sus necesidades; se le acusó de querer envenenar á su hermano, pero tal acusación era absurda, puesto que el monarca no tenía hasta entonces más heredero varón que Monsieur Carlos; y en cuanto á los impuestos cuya percepción se le imputaba como un crimen, habíalos gastado en bien y para gloria del reino. Así que pueda los disminuirá, «en lo que él está más interesado que nadie, ya que es el jefe y el padre de la cosa pública de su reino.» Desgraciadamente ha tenido que dar grandes pensiones á los nobles, los cuales pretenden obtenerlas mayores, se burlan del pueblo y hacen promesas engañosas. La guerra civil arruinará al reino y preparará tal vez una nueva invasión inglesa.

El plan de Luis XI consistía en aniquilar al duque de Borbón, Juan II, antes de que hubiese recibido ningún refuerzo y dirigirse inmediatamente á Picardía. Disponía el rey de un sólido ejército de 30.000 hombres, y desde el mes de abril ocupó la mayoría de las plazas del Berry, dotación de su hermano, sometiéndolo después rápidamente el Bourbonnais. El conde de Armagnac y el señor de Albret llevaron un ejército á Riom, pero no se atrevieron á comenzar las operaciones, y en el entretanto el duque de Borbón, gracias al pérfido concurso del duque de Nemours, logró entretener con negociaciones al rey y escapar. Durante este tiempo los borgoñones y los bretones marchaban sobre París; en vista de lo cual Luis XI concedió una tregua á Juan II y se encaminó hacia la capital, con ánimo de llegar allí antes que los borgoñones y de impedir su unión con los bretones, que avanzaban á pequeñas jornadas por el Anjou y el Vendomois.

Carlos el Temerario, con gran sorpresa suya, no había podido entrar en París, pues los partidarios de los príncipes eran vigilados por el mariscal Joaquín Rouault y el lugarteniente del rey, Carlos de Melún. Monseñor, escribía uno de los oficiales del conde de Charolais, «ha encontrado á los de París muy distintos de lo que creía; por esto no está muy contento de ellos.» En 13 de junio decidióse á pasar el Sena y á dirigirse á Etampes para unirse á los duques de Berry y de Bretaña; el 15 sus exploradores se toparon con los de Luis XI cerca de Arpajón, y al día siguiente trabóse en Montlhery una batalla, ó mejor dicho, una serie confusa de pequeños combates. Luis XI dió pruebas de valor y de sangre fría, pero fué traicionado por el conde del Maine,

el cual huyó con sus tropas, y además la guarnición de París no efectuó la salida que le había sido ordenada. Los borgoñones se portaron medianamente y Comynes, que estaba con ellos, escribía más adelante: «No pensábamos más que en huir.» Cada partido se atribuyó la victoria (1). Luis XI, dejando al conde de Charolais la gloria de pernoctar en el campo de batalla, marchóse durante la noche y entró en París. Algunos días después juntáronse á Carlos el Temerario en Etampes Francisco II y Carlos de Francia primero, luego el duque de Borbón y finalmente el duque de Lorena y el mariscal de Borgoña al frente de un ejército procedente del Este.

Luis XI desconfiaba de la alta burguesía parisiense y hasta de la guarnición; hizo ahogar ó descuartizar á al-



Moneda de Juan II, duque de Borbón

gunos traidores y destituyó á los consejeros del Parlamento y del Tribunal de Cuentas que se negaron á prestarle dinero. En cambio apresuróse á disminuir los impuestos que sobre la ciudad pesaban, á devolver á los eclesiásticos, á la Universidad, á los nobles y á los empleados las franquicias financieras de que en otro tiempo les despojara, y á declarar que admitiría en su consejo á seis ciudadanos de París, seis consejeros del Parlamento y seis clérigos de la Universidad. En 10 de agosto partió para Normandía á fin de reclutar tropas y reunir víveres, y durante su ausencia el ejército de la liga llegó hasta las murallas de la capital, entablado los príncipes negociaciones con la ciudad, el clero, el Parlamento y la Universidad. Trece diputados, favorables á la causa del «Bien público», presididos por el obispo de París, fueron á conferenciar con Dunois, en el castillo de Beauté; pero en dos reuniones de notables que, á su regreso, celebraron en las Casas Consistoriales, trataron en vano de conseguir que se abrieran las puertas á los príncipes: el preboste de los mercaderes, Enrique de Livres, salvó al rey haciendo que se aplazara toda decisión. Cuatro días después, el 28 de agosto, Luis XI entraba de nuevo en París, acompañado de doce mil buenos combatientes y sesenta carros de víveres, siendo aclamado por la plebe, la cual hablaba de dar muerte á los traidores, pero el monarca se limitó á desterrar á Orleáns á los cinco diputados que más se habían comprometido. «El rey me ha dicho muchas veces, añade Comynes, que si no hubiese podido entrar en París y hubiese encontrado cambiada esta capital, habría huído á refugiarse al lado de los suizos ó del duque de Milán.»

Los sitiadores no se atrevían ni á bloquear París ni á dar el asalto por temor de enajenarse las simpatías de la población, y aun cuando comenzaban á escasear en-

(1) Véase una curiosa letra de remisión publicada por A. de Reilach, *Jean de Reilach*, tomo III, 1888, pág. 200, y el *Journal de famille des Dupré*, publicado por Lex y Bougenot, «Annales de l'Académie de Mâcon,» tercera serie, tomo II, 1897.

tre ellos los víveres, Luis XI se decidió á entrar en tratos porque se multiplicaban las defecciones. En efecto, el conde del Maine firmó, en 18 de septiembre, un convenio con los coligados; el 21, el capitán de Pontoise entregó esta plaza; el 3 de octubre, el conde de Nevers dejó que los borgoñones entraran en Peronne; el castillo de Ruán se rindió al duque de Borbón en la noche del 27 al 28 de septiembre, y la mayor parte de las ciudades normandas se abrieron á los rebeldes. Los príncipes querían obligar á Luis XI á dar la Normandía en dote á su hermano y habían logrado reavivar en el ducado los recuerdos de autonomía y los antiguos resentimientos contra la fiscalización real; y el rey, después de haber consultado á las personas que le rodeaban y á una asamblea de «sabios de todos los estados» (29 de septiembre), resolvió acceder á todo lo que aquéllos pedían. Al efecto celebró con el conde de Charolais, junto á las murallas de París, una conferencia en la que hablaron muy poco del Bien público: «Esto era lo que menos importaba, dice Comynnes, porque el bien público se había convertido en bien particular.»

Los tratados de Conflans y de Saint-Maur-les-Fossés (octubre de 1465) satisficieron la codicia de los más poderosos miembros de la liga: Carlos de Francia obtuvo, á cambio del Berry, el ducado de Normandía con todas las rentas que de allí sacaba el rey, y el duque de Bretaña se contentó con el reconocimiento de sus derechos sobre los obispados bretones. El conde de Charolais tomó posesión, en su propio nombre, de las ciudades del Somma, sin ninguna compensación, por la cantidad que en 1463 entregara á Felipe el Bueno Luis XI, quien se reservó la facultad de recobrarlas mediante 200.000 escudos de oro, si bien esta readquisición sólo podría efectuarse después de la muerte de Carlos el Temerario. El conde obtuvo, además los prebostazgos picardos de Vimeu, de Beauvoisis (cerca de Amiéns) y de Foulloy, con reserva de recobro, y sin esta reserva el condado de Guines, Peronne, Montdidier y Roye, y aparte de esto logró cuanto deseaba: su amigo el conde de Saint-Pol recibió la espada de condestable con sueldo de 24.000 libras tornesas; Luis XI declaró que en su vida volvería á ver á los Croy; y á pesar de las cláusulas de su alianza con los liejenses, consintió que los borgoñones obligaran á éstos á firmar una paz humillante (22 de diciembre de 1465). El monarca llegó á ofrecer la mano de su hija Ana á Carlos el Temerario que acababa de perder á su esposa Isabel de Borbón: «El rey, escribía un secretario del conde, dice que ama á mi dicho señor y dueño más que á nadie en el mundo.» Las promesas de amistad que hacía Luis XI no eran más sinceras que las que le hacían á él; esto no obstante, trabajó y consiguió atraerse definitivamente á algunos de los jefes de la liga: captóse la amistad del duque de Borbón dándole la lugartenencia general de todas las provincias del centro de Francia, es decir, de una cuarta parte del reino, y conquistó á Juan de Anjou apoyando sus pretensiones sobre Nápoles y Cataluña, y á Dunois y á Antonio de Chabannes devolviéndoles todos sus bienes.

«Jamás hubo tan buenas nupcias ni tantos tan mal comidos, dice Comynnes; los unos hicieron lo que quisieron, los otros no tuvieron nada.» El conde de Armagnac, el duque de Nemours y el señor de Albret vol-

viéronse á sus casas con las manos casi vacías. Luis XI se olvidó de convocar una comisión de treinta y seis miembros que había prometido reunir para ocuparse en las reformas, y nadie reclamó: aquella comisión no se reunió hasta un año después y sólo para servir á los rencores del monarca. La guerra del Bien público no trajo otras consecuencias para el pueblo que nuevas miserias: fué preciso aumentar los impuestos para pagar las pensiones reclamadas por los príncipes; la Isla de Francia y la Picardía habían sido devastadas por las tropas borgoñonas, y la Champaña pasada á sangre y fuego por los soldados del conde de Armagnac y del señor de Albret; y una vez firmada la paz, los soldados bretones saquearon la Normandía, y los señores meridionales, descontentos porque habían sido sacrificados, conservaron sus hombres de armas y les consintieron que por espacio de muchos años asolaran el Sudoeste de Francia. El reino se veía nuevamente poblado de pandillas armadas y de nuevo había desaparecido la seguridad de los caminos.

II.—La dote de Carlos de Francia. Luis en Peronne (1)

Uno de los coligados, Tomás Basin, explica por qué se había exigido del rey que diera la Normandía á su hermano: «Era lo que más deseaban los príncipes y los miembros de la liga, quienes opinaban, y no sin razón, que una vez obtenida por Carlos la Normandía, que confina por un lado con la Bretaña y por otro, salvo un pequeño intervalo, con las tierras del duque de Borgoña, los tres príncipes, gracias á esta vecindad, lograrían fácilmente defenderse contra el rey, puesto que serían dueños de toda la costa, desde Flandes hasta el Poitou, y podrían, en caso de necesidad, conseguir auxilio de Inglaterra.» Por estas razones precisamente Luis XI, dos meses después de haber dado esta dote á su hermano, se la quitó: el rey consideraba la Normandía como «el principal florón de la corona, la tercera parte del reino de Francia,» y no la había cedido por su «verdadero consentimiento.»

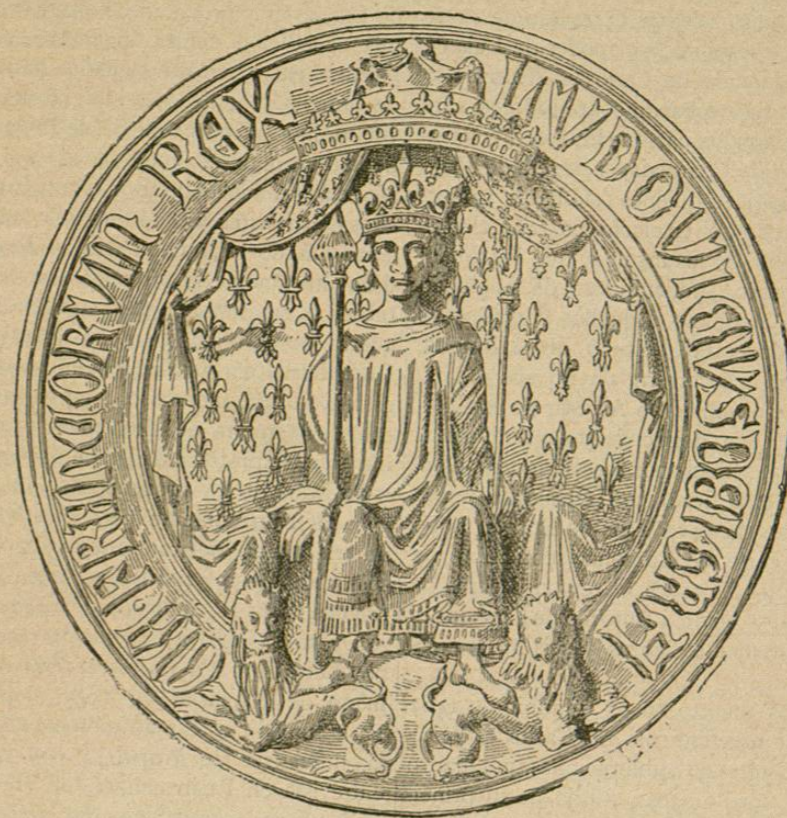
Sus adversarios «comenzaron á dividirse cuando se trató de repartir el botín.» El duque de Bretaña había acompañado á Monsieur Carlos á Normandía y pensa-

FUENTES.—Además de las indicadas en el capítulo I, párrafo 3, y en el capítulo II, párrafo 1: J. de Wavrin, *Chroniques*, edición W. Hardy, tomo V, 1891, y edición Mlle. Dupont, tomo II, 1895 (con los documentos justificativos del tomo III, 1863). Luis de Diesbach, *Mémoires*, edición Max de Diesbach, 1901. *Chronique du Mont-Saint-Michel*, edición S. Luce, tomo I, 1879. *Chronique du Bec*, edición Porée, 1883. Chastellain, *Le livre de Paix, Le mystère de la paix de Péronne*, en el tomo VII de sus obras. *Lettres de Louis XI*, tomo III, 1887. *Récit des Etats généraux de 1468*, edición Champollion-Figeac, *Documents historiques inédits*, tomo III, 1847.

OBRAS DE CONSULTA.—Además de las obras de Foster Kirk, Dupuy, Favre y Courteault: Forgeot, *Jean Balue*, 1895. C. de La Roncière, *Histoire de la marine française*, tomo II, 1900. Chéruel, *Le dernier duc de Normandie*, «Revue de Rouen et de Normandie,» tomo XV, 1847. G. Dupont, *Histoire du Cotentin*, tomo III, 1885. C. de Beaurepaire, *Notes sur six voyages de Louis XI à Rouen*, «Travaux de l'Académie de Rouen,» tomo LIX, años 1856-1857. C. W. Oman, *Warwick the Kingmaker*, 1891. J. H. Ramsay, *Lancaster and York*, 1892. J. Gairdner, Introducción á las *Paston Letters*, nueva edición, 1900-1901. G. Périnelle, *Relations de Louis XI avec l'Angleterre*, «Position des thèses de l'Ecole des Chartes,» año 1902.

ba organizar el gobierno de este territorio y conferir todos los empleos á hechuras suyas; pero los compañeros de Carlos, como Juan Daillon y los señores de Amboise, lo propio que los de Harcourt y demás grandes personajes normandos, que querían distribuirse los empleos, acusaron á Francisco II de secuestrar al duque de Normandía, y en 25 de noviembre de 1465 se apoderaron del joven príncipe y lo condujeron á Ruán, en cuya catedral verificóse, en 10 de diciembre, la ce-

graves para la corona y para todo el reino de Francia,» é implacable siempre en sus triunfos, vengóse luego de los que habían servido demasiado bien á su hermano ó de aquellos de quienes sospechaba que habían hecho traición á la causa real durante la guerra del Bien público. «Muchas personas, empleados y otros del país de Normandía, dice Juan de Roye, fueron ejecutados y ahogados por el preboste de los mariscales;» entre los principales, Gauvain Mauviel, lugarteniente general



Sello de Luis XI

remonia de la investidura. Tomás Basin, poniendo el anillo ducal en el dedo de Carlos, «se desposó con él» en nombre de Normandía, por lo que Francisco II se retiró irritado á Caén.

Luis XI, que practicaba sus devociones en Clery, recibió en 25 de noviembre una carta de Carlos en la que éste le daba cuenta de sus desavenencias con el duque de Bretaña, y mostrándosela á su amigo el duque de Borbón, le dijo: «Creo que tendré que recobrar mi ducado de Normandía; es preciso que vaya á socorrer á mi hermano.» El buen apóstol tuvo luego la satisfacción de recibir á los embajadores de Francisco II, que solicitaba su amistad. El duque de Borbón primero y el rey después dirigieronse á Normandía y en dos meses (diciembre de 1465 y enero de 1466) se apoderaron de las plazas fuertes de la provincia, á pesar de la resistencia de una parte de la nobleza y del clero normandos. Luis XI ya no ofrecía como dote á su hermano más que el Rosellón. Carlos de Francia reanudó sus relaciones con el duque Francisco y ambos se dirigieron nuevamente á Bretaña.

Luis XI publicó manifiestos para justificar la violación de sus promesas «que podían ser causa de daños har-

to del bailío de Ruán, y Juan le Boursier, general de la hacienda del duque Carlos. Gran número de dignatarios eclesiásticos normandos, entre ellos Tomás Basin, fueron desterrados, y destituidos en masa los poseedores de empleos de la provincia, y el conde del Maine vióse privado de su gobierno del Langüedoc. Carlos de Melún había observado una conducta muy equívoca al final de la guerra del Bien público; Luis XI, influido por sus enemigos Balue y Antonio de Chabannes (1), desposeyóle de todos sus empleos (1466-1467) y en 1468 lo entregó á Tristán Lermite, quien le juzgó sumariamente y le hizo cortar la cabeza. «Tal fué la voluntad del rey que no tenía gracia para ningún hombre respecto del cual abrigase una mala sospecha.»

Al mismo tiempo, los funcionarios reales comenzaron de nuevo á costa de la casa de Borgoña sus cotidianas usurpaciones (2), y las ciudades del Somma viéron-

(1) Anchier, *Charles de Melun*, «Moyen âge,» 1892. Véase *Processus Balue*, publicado por E. Déprez, «Mélanges de l'Ecole de Rome,» 1899.

(2) Los abusos de poder y la usurpación de los agentes reales, desde 1466 á 1468, aparecen detalladamente expuestos en el tratado de Péronne.